

21. Vallejo

Mentxu estaba radiante, había logrado reunir un arsenal de comida para su hermana, su sobrino y ochenta más. Llevaba, bien ordenado y empaquetado embutidos, queso, leche en polvo, mantequilla salada, bacalao, arroz, harina y tocino, y en otra cesta tenía tarteras con alimentos ya cocinados para consumir en la semana, como filetes empanados, huevos cocidos con patatas y hasta pescado en salsa. Era el tesoro máspreciado que podía llevar a Saturrarán, ahora que la Pantera Blanca ya no estaba. Amigos y vecinos, no todos, habían colaborado en la recaudación de tantas maravillas, aun cuando la escasez y el hambre asolaban Pasajes, pero Saturrarán necesitaba un sacrificio comunitario a la altura de la tragedia que padecían.

El pretendiente enamorado, vestido de civil elegante, no mostró disgusto al ver la mercancía que tendría que transportar aunque era, a todas luces, ilegal y el estraperlo estaba muy castigado.

Al llegar a Saturrarán la carretera se iba estrechando. A la derecha se levantaba un muro de piedra y en la barrera que separaba el mundo libre del recinto carcelario había unas edificaciones bajas, encaladas, con tejas rojas iluminadas por una tenue farola. Cuando a media tarde llegaron a la entrada de la Cárcel Nacional de Mujeres, los soldados que estaban junto a la barrera se quedaron impasibles, en actitud de espera con el mosquetón entre las manos. Al rato

salieron de la caseta algunos falangistas. El que ejercía de jefe se puso delante del coche en actitud poco amistosa, manos en el cinturón y las piernas separadas, impidiéndoles el paso. Se acercó muy despacio a la ventanilla del conductor. Estaba peinado con fijador, camisa azul a medio desabrochar, correa y cinturón ancho de hebilla dorada con el águila imperial como escudo, pistola en su funda lateral y en su mano derecha una fusta con la que jugaba dándose golpecitos en sus botas altas.

—¿Qué coño se les ha perdido aquí? —preguntó insolente.

—Venimos a ver a mi hermana —contestó, rápida, Mentxu sin dejarle hablar a su novio.

—Hombre. Qué bien. La hermana de una revolucionaria no puede ser más que otra comunista de mierda. A ver, ¡documentación! —Al comprobar que Ramón era un militar no mejoró un ápice sus modales, lo miró retador—: Tiene huevos, nuestros camaradas jugándose la vida y aquí los soldaditos paseando a la familia de los marxistas —le provocó.

Ramón dejó el volante y salió impetuoso haciendo frente al falangista que inmediatamente se rodeó de un pelotón de los suyos, mientras los soldados regulares permanecían desconcertados. El momento fue muy tenso.

Conocía de sobra las tareas represivas y fusilamientos que los matones de la Falange llevaban a cabo en la retaguardia. Eran unas fuerzas paramilitares y fascistas proclives a los enfrentamientos y acciones violentas, tenían licencia para matar, estaban justificados. Sus dirigentes lo llamaban violencia saludable y formaba parte de su ideario. Tenían además cierto desdén hacia los militares, a los que acusaban de ser blandos con los vencidos.

De pronto, abrieron el portón trasero del coche y descubrieron la valiosa mercancía.

—Coño, coño. Con que traficando. Esto sí que es grave para un militar —dijo amenazante.

El aludido entendió que se jugaba su puesto y no estaba en situación de enfrentarse a esos tipos mal encarados, delincuentes tal vez, disfrazados de patriotas, además, debía preservar a su novia, y a la hermana, de seguras represalias. No quiso enzarzarse y dejó que descargaran, ¡qué remedio!, otros camaradas tenían ya el fusil en las manos apuntando al suelo. Los pocos soldados eran meros espectadores. Había otros muchos falangistas por los alrededores.

—Tenemos orden de no dejar pasar a nadie. O sea que andando, que del estraperlo nos ocupamos nosotros.

Mentxu lloraba en silencio la humillación, con rabia contenida pensando en su Amalia y el niño. El coche giró y volvió sobre su rodadura. Fue la única y mejor elección. A Ramón no le importaba tanto la pérdida material, que era mucha y cuyo destino estaba claro, como la inquietud que le produjo que la Falange hubiera llegado a ese recóndito lugar; le dio miedo pero se calló. Pensó que los falangistas no habían reparado en quién era la reclusa a la que querían visitar, menos mal.

El Auxilio Social, la rama femenina de la Falange y de las JONS, había asumido la tarea de la redención de los huérfanos republicanos bajo el auspicio de Franco. En la misma línea autorizó a su amigo y colaborador, el psiquiatra Vallejo Nájera, a crear el Instituto de Investigaciones Psicológicas, con asesores y científicos alemanes, realizando relevantes estudios sobre los trastornos mentales de los izquierdistas y las reclusas republicanas.

Descubrieron y publicaron que durante la República hubo una notoria degeneración de la raza española y que existía una evidente relación entre marxismo y deficiencia mental. Lograron *patologizar* las ideas de la izquierda, una especie infrahumana.

Sus conclusiones son muy dignas de mención y, además, fueron la base científica para el ideario del Glorioso Movimiento:

—Existe una relación íntima entre marxismo e inferioridad mental.

—Hay que segregarlos desde la infancia para liberar a la sociedad de tan terrible plaga.

—Inferioridad mental de los partidarios de la igualdad social y política.

—Los regímenes democráticos son perversos y generan imbéciles sociales.

—A la mujer se le atrofia la inteligencia, su misión no es la de luchar en la vida, sino acunar la descendencia de quien tiene que luchar por ella.

—El marxismo es una enfermedad mental. Existe un gen rojo que hace enfermar a las personas.

—Es mejor que los rojos no tengan hijos o, si los tienen, se les separe de sus padres. Son malos intrínsecamente.

—El rojo es un hombre malvado y todo está permitido contra él.

—Hay que multiplicar las personas selectas y dejar que perezcan los débiles.

—La salud de la raza exige separar a los niños de sus madres rojas y secuestrar a los hijos de republicanos...

La lista de principios y valores era terrorífica. Sin embargo, los vencidos se libraron de una represión aún más cruenta de la que sufrieron al no aprobarse

la propuesta de Vallejo Nájera para crear el Cuerpo General de Inquisidores; aunque tuvieron otros logros como la ley que permitía el cambio de nombre a huérfanos republicanos, hijos de prisioneros y bebés separados de sus madres a la fuerza, con el fin de dificultar la posibilidad de recuperarlos.

Las benefactoras del Auxilio Social desembarcaron en Saturrarán para ayudar a las Hermanas Mercedarias en la redención de las reclusas e hicieron buena a la Pantera Blanca. La comida era más regular y los castigos físicos de menor intensidad, pero las heridas del alma, las humillaciones, el miedo y la tortura psicológica a las presas fueron mucho más dolorosas y duraderas. La muerte era preferible.

